

Venezuela: La vuelta de Carlos Andrés Pérez

Heinz R. Sonntag

Heinz R. Sonntag: Sociólogo y politólogo alemán residente en Venezuela. Fue Director del Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES), en Caracas, entre 1983 y 1987. Doctorado por la Universidad de Bochum, es autor de numerosos artículos y de varios libros sobre su especialidad, entre ellos *Duda/Certeza/Crisis*, sobre la evolución de las ciencias sociales en América Latina, editado por NUEVA SOCIEDAD.

El resultado de las elecciones venezolanas del 4 de diciembre de 1988¹ no deparó mayores sorpresas a los analistas políticos que habían seguido de cerca los acontecimientos del proceso electoral y de la campaña. Carlos Andrés Pérez, primer mandatario entre 1974 y 1979, ganó la presidencia con el 54.6 por ciento de los votos, con una cómoda ventaja de 12.8 por ciento sobre su más cercano contendor, Eduardo Fernández del Partido Socialcristiano COPEI, alcanzando la polarización bipartidista en la escogencia presidencial un nuevo récord de alrededor del 95 por ciento. Acción Democrática (AD) perdió, en cambio, su mayoría absoluta en ambas Cámaras del Congreso Nacional, al obtener un 43.8 por ciento de los votos (frente al 49.97 por ciento en 1983), mientras COPEI obtuvo, con el 31.43 por ciento, tres puntos más que en las elecciones anteriores. La izquierda no socialdemócrata del Movimiento al Socialismo (MAS), fusionado desde mediados de 1988 con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), aumentó su votación en tres por ciento, y casi duplicó así el número de sus diputados (de 11 a 20), logrando superar por primera vez la mágica frontera de diez puntos y obtener una senaduría directa, más dos por cociente electoral, como en elecciones anteriores.

No hubo rarezas electorales, si se pasan por alto, como efectivamente puede hacerse estadística y políticamente, las seis diputaciones logradas por un pequeño partido de centroderecha (Nueva Generación Democrática - NGD) y las dos obtenidas por un grupo electoral (Fórmula Uno) que se presentaba, básicamente en Caracas, como abanderado de una mayor participación ciudadana y de la votación uninominal; aquel y éste limitaron sus campañas a los medios audiovisuales durante las tres últimas semanas antes de la fecha de las elecciones. También la entrada de

¹Este artículo es un análisis más que nada coyuntural y ha sido escrito bajo una gran presión de tiempo. Se fundamenta, en lo que a antecedentes históricos y aspectos estructurales se refiere, en Heinz R. Sonntag, «Las elecciones en Venezuela: Una interpretación inicial» en Nueva Sociedad, N° 70 pp. 136 y ss., donde se indica además una bibliografía básica.

Causa R al Congreso con tres diputados era esperada, dados el apoyo y arraigo que tiene entre los obreros de la región industrial de Guayana, y sus éxitos en llevar la campaña a la capital.

Lo único no esperado, al menos por los políticos de AD y COPEI, fue el volumen de la abstención. Llegó a más del 20 por ciento, superando las cifras tradicionales en alrededor de diez puntos. Aquí se reflejó un descontento de una parte del electorado, tanto con el régimen democrático, en especial su extrema partidización, como con la forma de la campaña.

¿Entonces, aparte de esto, nada nuevo en Venezuela? Hemos celebrado, como vociferaban una y otra vez los representantes de todos los partidos y del statu quo, simplemente una jornada más de «ejemplar civismo» frente a la barbarie en otras latitudes del continente, puesta al descubierto por el levantamiento militar en Argentina ocurrido en los días de culminación del proceso electoral venezolano. El asunto no es tan sencillo, sin embargo. Hay una serie de preguntas que ameritan una reflexión más profunda.

La lucha por la candidatura en AD

Pese al liderazgo que sostiene Carlos Andrés Pérez en el partido desde su primera presidencia, e incluso antes, obtener la candidatura no le fue nada fácil. En primer lugar, tuvo que hacer frente a una corriente contra la reelección, en los niveles partidista y nacional, convertida en un ingrediente importante de la ideología adeísta, consagrada por Rómulo Betancourt. Segundo, como se recordará, su proyecto de la «Gran Venezuela» entre 1974 y 1979 no había cuajado sino con considerables desequilibrios económicos y serias fricciones en el bloque en el poder del «pacto tácito», lo cual resultó al final en la Presidencia del Socialcristiano Luis Herrera Campíns. Tercero, durante el período de éste, algunos políticos de COPEI, siguiendo su sueño confesado de «destruir» a AD, lanzaron una amplia lucha contra Pérez, señalándolo como encarnación de la corrupción administrativa. A ellos se sumaron líderes de su propio partido, hasta tal punto que la Comisión de Ética de Acción Democrática se hizo eco de las acusaciones, mientras el Parlamento le adjudicó la responsabilidad política en el caso supuestamente ejemplar del «Sierra Nevada», esto es: la adquisición de un barco durante su mandato a un precio desmesurado.

Adicionalmente y tal vez más importante, con la llegada de Jaime Lusinchi a la Presidencia en 1984, arreció la batalla por el control del partido, tanto en lo referente a su orientación político-ideológica como en lo que atañe a su función de distri-

buidor de poder. Lusinchi aspiraba a convertirse en el heredero de Rómulo Betancourt y utilizó su abrumadora victoria electoral de 1983, así como los resortes del control del gobierno y de la mayoría en el Congreso, para hacerse dueño de AD. Llegó a obtener su control en la elección de autoridades, en la que quedó un solo seguidor seguro de Pérez como Secretario Político, entre los más de 20 miembros del Comité Ejecutivo Nacional. Sin poder entrar ahora en los detalles de esta lucha, a veces bastante sórdida, es menester constatar que Pérez supo encajar las derrotas y manejar el conflicto, oponiéndole al poder del Presidente y del aparato partidista un minucioso trabajo en las bases, recurriendo a su indudable carisma mas allá de AD y ganándole la nominación al candidato de Lusinchi, Octavio Lepage².

Es difícil medir en qué medida contribuyó a esta victoria el hecho de que Pérez había adquirido todavía mayor notoriedad en el exterior, a través de su trabajo a favor del Tercer Mundo en la Internacional Socialista (que lo eligió uno de sus vicepresidentes), y en numerosos eventos y organismos regionales, mundiales y de los países subdesarrollados (especialmente la Comisión Sur-Sur). Pero resulta evidente que ello profundizó su imagen de estadista, agregando así a sus cualidades «natas» de líder la condición de portavoz de las demandas y peticiones de las grandes mayorías latinoamericanas, de Africa y de Asia³.

Valga la pena mencionar que, en COPEL, ocurrió algo similar, aunque con connotaciones distintas. Eduardo Fernández, como secretario general, venció en la lucha por la candidatura a quien había sido no sólo el fundador y máximo líder del partido, sino también una suerte de «padre político» de él, Rafael Caldera.

El carácter de la campaña

El proceso electoral, y la campaña dentro del mismo, resultaron ser una vez más la condensación de una serie de enfrentamientos y luchas entre los diversos grupos y clases que encarnaban intereses distintos, si bien disfrazados por una aún más aguda «norteamericanización» de los métodos.

Las condiciones objetivas de partida de Pérez fueron malas. Además de los factores que hicieron difícil la obtención de la candidatura, en contra de su victoria final

² Según algunas versiones de insiders, la victoria de Pérez en la elección interna de AD fue aún mayor de lo que indican las cifras (alrededor del 66 por ciento). Estaríamos entonces en presencia de una «victoria pactada» con la finalidad de no hacer aparecer demasiado afectada la imagen del Presidente Lusinchi.

³ He tenido varias oportunidades, en los últimos cuatro o cinco años, de observar y escuchar a Pérez en conferencias y seminarios internacionales, y debo confesar que la radicalidad de su mensaje y lenguaje me ha sorprendido a menudo.

operaba el hecho de que, desde 1968 en adelante, ningún candidato del partido en el gobierno había logrado ganar las elecciones, circunstancia que algunos estrategas socialcristianos sacralizaron en una supuesta «ley del péndulo» (siempre debería triunfar la oposición).

Adicionalmente, el gobierno de Lusinchi, pese a algunos éxitos parciales en la revitalización de la economía (moderadas tasas de crecimiento, una ligera disminución del desempleo abierto, un muy publicitario «milagro agrícola», etc.), no había superado, ni lejanamente, los síntomas críticos que Venezuela empezó a exhibir desde 1983. El énfasis de la política económica había sido puesto en el cumplimiento del «servicio de la deuda» (suscribiéndose dos «mejores refinanciamientos» con la banca acreedora privada) y generado la necesidad de devaluar dos veces la moneda nacional, a nivel de las divisas preferenciales, para las importaciones y el pago de la deuda privada, en circunstancias de una fuerte baja del ingreso petrolero. Ello generó una inflación relativamente elevada (por ejemplo, del 40 por ciento en 1987 y del 30 por ciento en 1988), con el subsiguiente empobrecimiento de los sectores medios y las clases asalariadas, y una merma en las reservas internacionales.

El célebre «Pacto Social» de Lusinchi había sido engavetado a menos de un año del inicio de su gobierno, de modo que se profundizaron las grietas en el «pacto tácito» y se engendraron conflictos, visibles en la confrontación entre la poderosa Central de Trabajadores de Venezuela (CTV) y el Ejecutivo.

Los servicios públicos siguieron marchando mal. El autoelogio del gobierno no fue tan marcado como en el de Herrera Campíns, más lo suficiente como para avergonzar, a veces, a ajenos y hasta propios⁴. Los aparatos de seguridad del Estado adquirieron una mayor autonomía relativa (denunciada por Carlos Andrés Pérez durante la campaña) y cometieron abusos, el más famoso de los cuales fue la matanza de 14 personas en una zona fronteriza con Colombia, so pretexto de tratarse de guerrilleros de ese país, a poco más de un mes de las elecciones. La crisis de la integración social interna creció más bien en Venezuela, aunque no en dimensiones tan alarmantes como en otras sociedades de América Latina y el Caribe. En fin, con la «ley del péndulo», estaban dadas las condiciones para que el mayor partido de oposición (COPEI) sacara provecho de una gestión gubernamental mediocre (que no mala, como lo fue la de Herrera Campíns, especialmente por su falta de toma de decisiones) y una crisis continuada.

⁴Las altas cifras de popularidad de Lusinchi se lograron, como reconoció alguna vez el ministro de la Secretaría de la Presidencia, Carlos Croes, al sumar los que consideraban su gobierno «muy bueno» (alrededor del 5 por ciento), «bueno» (unos 12 puntos) y «regular» (como 50 por ciento).

Finalmente (y sin ánimo de agotar el análisis de las condiciones), es importante destacar que la lucha encarnizada por la candidatura le dejó a Pérez un partido que tenía graves discrepancias en su seno y en consecuencia una capacidad menor de éxito electoral⁵. La observación de periodistas nacionales y extranjeros, en el sentido de que parecía ser Pérez el que llevaba el peso de la campaña sobre sus hombros, es altamente sintomática al respecto.

Aspectos negativos

La campaña, oficialmente de una duración de ocho meses, fue en realidad de más de un año, ya que arrancó cuando las candidaturas de Pérez y Fernández se habían decidido, en septiembre y noviembre de 1987, respectivamente. Desde los primeros momentos se caracterizó por un alto nivel de agresividad, principalmente en lo personal y sin que se esgrimieran muchos argumentos al respecto. Pérez fue presentado como «El Presidente», dándole la imagen de un estadista sereno y seguro de sí mismo. El comando de campaña de Fernández, liderazgo por quien había sido el célebre ministro de Estado para el Desarrollo de la Inteligencia de Herrera Campíns, optó por presentarlo como «El Tigre», tratando de darle la imagen de un hombre fuerte, rápido, sagaz y decidido. A pesar de que se hicieron grandes esfuerzos por desvincular a Fernández de la imagen del anterior gobierno socialcristiano, no hubo mayores éxitos en tal faena, lo cual fue hábilmente aprovechado por el comando de Pérez. Irónicamente, Fernández terminó presentándose al electorado durante un tiempo con el lema del «cambio», el mismo que había llevado el antiguo líder Rafael Caldera en el proceso electoral de 1968, y luego con el de la «Democracia Nueva», también esgrimido por Caldera en 1983, cuando fue derrotado por Lusinchi.

La utilización de los medios audiovisuales fue mayor que nunca, lo cual se constituyó en un ventajismo descarado de AD y COPEI, en virtud de sus recursos financieros, y contribuyó en no poca medida a lo tedioso y vacío de la campaña y a la polarización bipartidista del voto para presidente.

El contenido de las cuñas (y de otros mensajes en avisos, afiches e intervenciones de los políticos) hizo hincapié en el carisma y la experiencia de Pérez y los éxitos de su gobierno anterior, particularmente las nacionalizaciones del hierro y del petróleo y el plan de becas «Gran Mariscal de Ayacucho», logrando llevar al electorado al olvido de los fracasos de la «Gran Venezuela» y despertando grandes expectati-

⁵Un importante asesor de quien es hoy el Presidente Electo aseguró en una oportunidad que Pérez ganaría las elecciones «a pesar del partido y del gobierno de Lusinchi».

vas de una nueva futura bonanza. En el caso de Fernández, se le presentó, después de la fase inicial de «El Tigre», cual hombre del pueblo que pasaba noches en barrios populares y visitaba escuelas, centros asistenciales, campos deportivos, etc. Fue sorprendente, además, la falta de ataques al gobierno de Lusinchi, concentrándose el esfuerzo de COPEI en de mostrar que la «política vieja» había tenido sus máximas expresiones en los gobiernos de Pérez y Herrera Campíns (lo cual repercutió negativamente entre los copeyanos).

La explicitación de los respectivos programas de gobierno ocurrió, una vez más en Venezuela, en forma tardía y sin demasiadas precisiones. El elector pudo, de todas maneras, discernir el contenido más neoliberal del planteamiento de COPEI y el carácter más neo-estructuralista de las proposiciones de Pérez⁶. Cabe agregar que los partidos y grupos de la izquierda no socialdemócrata, especialmente el MAS-MIR, tampoco presentaron programas que podrían calificarse de hondo contenido socialista.

Por lo demás, la campaña ofreció pocas innovaciones y se manejó fundamentalmente en los mismos cauces de las anteriores, incluyendo la guerra de las encuestas, muchas de ellas mal hechas y manipuladas. La excepción la constituyeron el MAS-MIR y Causa R, puesto que centraron sus esfuerzos en algunas regiones en las que sus líderes habían desarrollado un trabajo político importante a lo largo del período constitucional que finalizaba. Los resultados le dieron la razón a este enfoque, el cual, además, tendrá que orientar a los otros partidos también. Tal vez es en este aspecto donde tiene su más fuerte asidero la aseveración que el país político venezolano ha cambiado, tomándose además en cuenta que habrá reformas sustanciales del sistema electoral en un futuro cercano, ya aprobadas por el Congreso.

Las perspectivas

El retorno de Carlos Andrés Pérez a la presidencia ocurre en circunstancias bastante diferentes a las que reinaron durante su anterior gobierno. Por ello es menester señalar algunos de los más importantes retos que se le presentan.

En primer lugar, ha de buscarse una nueva manera de manejar el problema de la deuda externa. Hasta la fecha, el «servicio de la deuda» ha significado una transfe-

⁶El concepto de neo-estructuralismo hace referencia a una corriente sociopolítica que intenta volver al cepalismo del segundo momento; cf. Heinz R. Sonntag, 1988, *Duda/Certeza/Crisis: La evolución de las ciencias sociales de América Latina*, Caracas, Ed. Nueva Sociedad-UNESCO, cap.II. De todos modos, es legítima la duda acerca de la verdadera influencia de los programas de gobierno en el comportamiento efectivo de los electores.

rencia de enormes recursos a la banca privada internacional, la cual ha llegado a representar hasta el 50 por ciento de las entradas de divisas anuales, sin que con ello haya disminuido sensiblemente el volumen global de la deuda (35 mil millones de dólares). Pérez ha anunciado algunos de sus proyectos en este sentido; por ejemplo, su propósito de no pagar más del 20 por ciento de las divisas por exportaciones en cumplimiento de las obligaciones externas. Pero no existe todavía claridad al respecto. Es de esperar que Pérez intentará participar activamente en la construcción de algunos mecanismos regionales para hacer frente común a los acreedores, superando así el bilateralismo por ellos impuesto en el tratamiento de este problema; ello se corresponderá además con su búsqueda de un liderazgo a nivel continental.

Segundo, es obvio (y fue reconocido por Pérez la misma noche de su victoria) que el modelo de desarrollo vigente durante la expansión de los decenios de los 50 y 60, reforzado en Venezuela por el aumento del precio de petróleo en 1973 y sólo ligeramente modificado durante su primer gobierno, ha venido agotándose. Por ello, habrá que ir diseñando y poniendo en práctica un modelo diferente, que sea capaz de revitalizar el crecimiento económico y de distribuir simultáneamente sus frutos de manera más equitativa. Pérez ha dejado entrever que no instrumentará las propuestas neoliberales⁷, más no se han especificado las características de las políticas que pondrá en marcha. El margen de maniobra no es muy ancho, al menos en los próximos - digamos - 18 meses, razón por la cual es todavía más importante precisar a tiempo las políticas coyunturales para que puedan cuajar en un proyecto de más largo plazo.

En tercer lugar, es imprescindible hacer esfuerzos por definir una nueva política petrolera, que sea de largo plazo (y no de remedios como la «internacionalización»), que incluya el fortalecimiento de la OPEP y garantice adecuados niveles de precios de exportación. Venezuela seguirá dependiendo durante los siguientes decenios fuertemente del petróleo como uno de los pilares de su economía, aun en el caso de una mayor diversificación interna. Por ello es coyuntural y estructuralmente necesaria una acción decidida del gobierno de Pérez.

En lo político, en cuarto término, está quizás el mayor reto de la nueva presidencia de Pérez. Los cambios ocurridos en Venezuela, en los últimos 40 años, con todas las falencias que les fueron inherentes, han modificado la fisonomía de la relación entre Estado y sociedad civil. Ello implica la necesidad de una serie de reformas

⁷Hubo incluso, al final de la campaña, un debate entre Pérez y FEDECAMARAS, la agrupan de todos los sectores empresarios, en torno a unas declaraciones «despectivas» de él sobre el neoliberalismo.

políticas. La Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE), creada por Lusinchi en 1984 y una de sus más acertadas medidas, ha lanzado una serie de propuestas, algunas de las cuales, pese a la renuencia de líderes importantes de la democracia venezolana, han sido aprobadas. En este camino habrá que avanzar. Pérez parece tener conciencia que ello no será posible sino a través de un complejo y aún difícil proceso de negociación entre las distintas fuerzas sociales, llamado por el «concertación». Esto vale para los grandes proyectos que intentara promover, pero incluso a nivel de Congreso, en el que no tiene una mayoría asegurada. Y es todavía más válido si se toma en cuenta la gran heterogeneidad de la coalición de clases, sectores y grupos sociales que ha apoyado a Pérez, y cuyos intereses y proyectos parecen no solamente no coincidir, sino incluso ser contradictorios.

Finalmente, las grandes expectativas que se vinculan con el nuevo gobierno de Pérez, no deberían desembocar en la tentación de re-editar el proyecto de la «Gran Venezuela» de su período anterior. También en este aspecto, será importante la labor de fortalecimiento de la sociedad civil y de sus organizaciones, respetando su autonomía frente al Estado y los partidos políticos. Una incógnita de primer orden es hasta qué punto AD está dispuesto a ceder espacios, en el caso de que Pérez quisiera avanzar por este sendero.

En cuanto a los otros partidos, COPEI tendrá que afrontar y solucionar su difícil situación interna. El MAS-MIR intentará continuar por la vía que ha empezado, lo cual le podría proporcionar más relevancia, sobre todo en las elecciones directas de los gobernadores de los estados y los alcaldes para los municipios, en 1989. No es de excluir, adicionalmente, la formación de un partido conservador, idea que están ponderando algunos sectores de fuerzas sociales.

En fin, el retorno de Carlos Andrés Pérez abre un abanico de posibilidades y ciertamente contribuye a la transformación de «lo político» o del quehacer político venezolano. Esperemos que éstas no se queden una vez más en el plan de lo factible, esto es: en el aumento de las frustraciones de las grandes mayorías.

Referencias

*Sonntag, Heinz R., NUEVA SOCIEDAD. 70. p136 - Las elecciones en Venezuela: Una interpretación inicial.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 99 Enero-Febrero de 1989, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.